

## INSERCIONES.

## Incredulidad contemporánea.

Reproducimos en su mayor parte la instrucción pastoral que dió para la última cuaresma a su Clero i fieles, Monseñor el Obispo de Rodez, (Francia) en que examina las pretensiones de la incredulidad contemporánea. Los que lean atentamente este precioso documento, dirán si les parece inútil su publicación entre nosotros.

«Nuestro Señor Jesucristo ha dicho en su Evangelio: «buscad ante todas cosas el reino de Dios, i lo demás se os dará por añadidura;» i ¿qué cosa es el reino de Dios, sino el de la fé tomada por base i como regla invariable de la vida entera? Puede decirse que todos los bienes nos han venido con ella, que es el principio de la salvación del hombre, fundamento i raíz de la justificación, porque sin ella es imposible agradar a Dios, según aquellas palabras del Salvador: «El que creyere i fuere bautizado, se salvará; pero el que no creyere, se condenará.» Según estos testimonios brillantes de nuestras Santas Escrituras i de la autoridad de la Iglesia, no puede quedar duda alguna sobre la necesidad de aquella condición para conseguir la felicidad del Cielo.

«Mas, Nosotros, pasamos adelante i decimos que sin fé no podría haber moral verdadera, sólida i completa, i por consiguiente, ni verdadera felicidad sobre la tierra: decimos que todos los esfuerzos que ha empleado el espíritu humano para forjar el código de los deberes i de las virtudes, dejando a un lado las enseñanzas religiosas, serán para siempre estériles, infructuosos i aún profundamente perjudiciales para los pueblos. En apoyo de esta verdad podríamos limitarnos a invocar el testimonio irrecusable de los tiempos antiguos i modernos, ya que la infatigable presunción del orgullo no ha cesado de reproducir la tantas veces abortada obra de querer construir el edificio de la probidad, de la justicia, de la moralidad humana sobre una base puramente racional i filosófica; pero como la experiencia es ineficaz para hombres infatuados con sus propias luces, permitid que llevemos nuestra demostración mas adelante, i que hagamos ver a los que renuncian de la felicidad de la vida futura abjurando la fé cristiana, que ni aun tienen el consuelo de establecer reglas seguras de moral i de virtud para la vida presente; o en otros términos, que esa probidad, esa moral enteramente humana de que hacen ostentación, no son mas que fantasmas que se desvanecen a la claridad del raciocinio evangélico, a la manera que desaparecen las estrellas a la presencia del sol.

«Preciso es decirlo: esta pretensión es todavía la de los bellos espíritus o libres pensadores de nuestros días. Fatigada la incredulidad moderna por sus impotentes luchas contra la Iglesia de Dios, i rechazada por todas partes como azote del género humano, rara vez exhala ya sus clamores insolentes contra Dios i contra su Cristo: confiesa que el ateísmo es un crimen de lesa humanidad, que el materialismo es un ensueño innoble del hombre que arrebata la suerte de los brutos sin poder lograrla jamás: proclama que Jesucristo es el revelador mas sublime; reconoce i exalta los beneficios del cristianismo, i se inclina ante la majestad del Evangelio; pero detiene aquí sus pasos, i despues de haber saludado el imponente edificio de nuestras creencias, rehúsa entrar en él: pretende que la razón puede conducir a la humanidad lo mismo que la fé, como que son dos potencias independientes la una de la otra, i que se puede ser hombre de bien sin someter la inteligencia al símbolo completo de la Iglesia. Así, la libertad ilimitada de la razón humana relativamente a los dogmas de la Religión, i su competencia para constituir el orden moral, son los dos puntos decisivos en que se encierra la incredulidad contemporánea. Incredulidad cortés, moderada, respetuosa también; pero que, bajo esta forma nueva, no encubre ménos el principio de todos los errores, el jermen de todos los desórdenes funestos a la humanidad, como la filosofía pagana de la cual es apenas una hábil transformación.

«No entra en nuestras miras hacerlos ver hoy cuales son los puntos de unión i de predominio entre la fé i la razón, ni desenvolver los motivos sin réplica que determinan al cristiano a creer firmemente las verdades del orden sobrenatural. Vosotros sabéis bien que cuando Dios ha hablado, el hombre debe creer i adorar en silencio lo que no

comprende, hasta que sea conducido por la débil luz de la fé, a los brillantes resplandores de la eternidad. Por otra parte, mucho tiempo ha que la demostración evangélica ha hecho la justicia que merecian las vanas sutilezas de la filosofía, i ha triunfado en todos los campos de batalla de la inteligencia, de modo que es ya cosa reconocida i bien demostrada, que no se puede renunciar de la fé sin abjurar de la razón misma.

«Intentamos únicamente en esta instrucción pastoral, demostraros la debilidad e impotencia de esa razón orgullosa desde el instante en que pretende levantar el edificio de la probidad i de la moral, sin hacer caso de los auxilios de la Religión, o al ménos sin aceptar como divina i obligatoria la enseñanza de la Religión.

«Comencemos por prevenir una dificultad que no dejan de aducir los sectarios de la razón i de la moral natural, cuantas veces combatimos sus principios i deducimos las funestas consecuencias que de ellos nacen. Por fáciles i acomodados que parezcan cuando se trata de la regla de las costumbres; aunque sus numerosos sistemas se reduzcan en el fondo, a dejar a cada uno en libertad de creer lo que le parezca, i de obrar según lo que crea, se muestran sin embargo, profundamente delicados en lo relativo a sus personas. Irrítanse cuando hai quien se atreva a sospechar que no son hombres virtuosos, i que siguen en la práctica lo que se glorian de haber enseñado especulativamente: producen las máximas fastuosas de equidad i beneficencia, escritas en sus libros; ostentan con magnificencia algunas bellas acciones, hechas para decorar la escena, i en seguida exclaman: «luego es verdad que somos virtuosos, i que aislándonos de la Religión, conservamos los principios de la moral: sed justos como nosotros, i esto basta a las exigencias de la razón.»

«A este lenguaje farisaico se puede responder: no; no sois malhechores; sois, lo suponemos, justos i virtuosos. Si fuereis malhechores, bastaria entregáros a la severidad de las leyes, sin tratar de convencerlos: seria necesario no oponer raciocinios a vuestras doctrinas, sino sentencias judiciales a vuestros excesos; pero si sois buenos i justos, ¿ignorais que el hombre ordinariamente, contenido por los sentimientos de un corazón cristiano en otro tiempo, por cierto hábito de probidad, que contrajo en su juventud, bajo la influencia de una educación piadosa, por un resto de pudor i de respeto para con las personas que le rodean, no puede llegar a ser tan malo como sus doctrinas? El instinto primitivo de su voluntad le conduce todavía por el camino recto, apesar de los extravíos de su inteligencia, i es bueno, no en virtud de sus principios, sino apesar de sus principios. La Religión conserva todavía el derecho de reivindicar los preciosos despojos de vuestro edificio convertido en ruínas, i puede decirse de las virtudes que practicais, lo que decía Tertuliano de ciertas exclamaciones escapadas del corazón de los paganos: «¡Oh testimonio de una alma naturalmente cristiana!» No: no debéis la honradez i la justicia que decantais, al trabajo i operaciones de vuestra razón: la voz de la virtud es en vuestros corazones una reminiscencia, un eco lejano de las enseñanzas de una madre piadosa, de un padre cristiano, de un pastor venerable. El catecismo, sin saberlo vosotros, os ha hecho lo que sois, i no la filosofía: vuestra escuela de incredulidad es la escuela del desorden; vuestras doctrinas derriban toda probidad verdadera; i mas verdades enseña la religión ménos perfecta, que todo lo que se lee en vuestros libros. Dejad pues, de hacer ostentación de una vida cuyos secretos no nos es dado penetrar, i comprended, en fin, que la moral sin religión es una ciudad desmantelada que se entrega sin defensa, a la invasión del enemigo.

«Dos cosas deben concurrir necesariamente a formar el hombre de bien, según la extensión de este bello título: conocimiento de todos sus deberes, i motivos bastante poderosos para hacerlos cumplir. Nuestra alma se parece a un viajero que necesita luz que le guíe por el buen camino, i fuerzas para adelantarse en él.

«Cosa es que nadie disputa, que tenemos necesidad de luz, pero de una luz para i cierta que nos haga conocer el camino por donde debemos andar, es decir, las obligaciones que tenemos que cumplir, para corresponder a la dignidad de nuestra naturaleza i a la magnitud de nuestros destinos. Tampoco es disputable que el error es funesto a los hombres: aun aquellos que combatimos actualmente nos hablan sin cesar de la propagación de las luces, en lo cual trabajan sin interrupción, según dicen, i confiesan gustosamente que el hombre se hace mejor a medida que

se hace mas ilustrado. ¡ Quien, pues, nos dará esa luz verdadera sin la cual el hombre está abajo en como el navegante que se pierde en la noche de las tempestades! Este es el grande i temeroso problema que se presenta a la faz del tiempo i de la eternidad. Las relaciones de los vicios i crímenes que tienen desolada la tierra, i las solenes discusiones de los tribunales de justicia, nos enseñan con demasiada frecuencia, que no es bastante toda especie de luces i de ciencias para dirigir la humanidad por el camino del bien: con demasiada frecuencia nos han convencido las tinieblas de nuestra propia inteligencia acerca de la urgente necesidad que tenemos de una enseñanza que se coloque sobre esta región tantas veces trastornada por las doctrinas de los falsos sabios, i por el soplo de nuestras pasiones. Sin duda que las nociones jenerales de vicio i de virtud, los principios de equidad, de pudor, i de humanidad fueron gravados profundamente en nuestro corazon, desde el principio, i que jamas se ha apagado enteramente la antorcha de la verdad moral, apesar de los excesos que han profanado la naturaleza tantas veces. ¡Cómo pues, nuestro espíritu creado para conocer la verdad, lo mismo que nuestros ojos para contemplar la luz, se siente en continua necesidad, i como con sed inextinguible del error? ¡Contraícion deplorable que no puede explicarse sino por el misterio de la degradacion original! De allí tantas tinieblas acumuladas en nuestro entendimiento, por sí mismo tan limitado: de allí esas máximas llenas de perversidad que predominan tan fácilmente entre los hombres cuando se abandonan a sus propios recursos. Mas, lo que aumenta todavía el mal en proporcion espantosa, es el movimiento desordenado de las pasiones que nos arrojan i nos despedazan contra los innumerables escollos de este mar inhospitalario por donde navegamos. ¡Cómo podrá el hombre, en medio de tan diferentes caminos, aturdido con tantas preocupaciones i raciocinios insensatos, cómo podrá discernir en el laberinto de la vida, lo que es bueno, justo i virtuoso, si el Dueño Soberano no le enseña por sí mismo, i no apoya con su autoridad divina los preceptos que le ha dictado! Ah! Una tristísima experiencia nos da a conocer que cuando el hombre es el doctor de sí mismo, toma consejo antes de sus pasiones que de su razon, de sus sentidos antes que de su espíritu, de su interes antes que de su conciencia, i que se esfuerza, no en limitar sus deseos a lo que es permitido, sino a figurarse permitido todo lo que desea.

—Aquí el triunfo de la Religión ha resuelto victoriosamente el problema; i la desesperacion de la sabiduría humana que no ha hecho mas que complicarlo con sus multiplicadas dudas, con sus afirmaciones i negaciones contradictorias, con sus sistemas innumerables, cuyos despojos diseminados testifican la enfermedad incurable i la eterna estabilidad del espíritu humano. Dejad a esa multitud de hombres groseros, ciegos, corrompidos, la libertad de crearse un código de moral i una legislación a la medida de sus caprichos, i bien pronto reinará en la sociedad humana lo mas espantosa confusion. Esta época de vértigo será señalada por excesos inauditos i crímenes monstruosos; cuanto mayor sea el número de voluntades sin regla, tanto mas confuso será el de principios i leyes; o, para decirlo mejor, no habrá leyes ni principios, sino que todo se hundirá en universal confusion. El olvido de la Religión i el desprecio de sus enseñanzas, llevan consigo necesariamente la ruina de las buenas costumbres, oscurecen en el fondo de las almas los mas evidentes principios; i haciendo arbitraria i variable la moral segun los caprichos de cada uno, le quitan todo lo que tiene de obligatoria. En vano será que los sabios moralistas, cargados de argumentos intenten levantar la voz i derramar profusamente sus escritos humanitarios i progresivos, para hacer frente al huracan desencadenado; nadie se tomará la pena de escucharlos. Para dirigir la muchedumbre i crear la luz en medio del caos, se necesita algo mas que las pueriles sutilezas del hombre; se necesita la autoridad i la majestad de Dios. Quitad a Dios de entre los hombres, quitad la Religión que es el intérprete de la Divinidad, i en el instante veréis desaparecer con el derecho de enseñar i de mandar, la obligacion de creer i obedecer: los más ignorantes lo mismo que los más ilustrados, tienen cada uno su espíritu i su conciencia, i para todos es inviolable el derecho de desatinar.

—No imaginéis que estas son vanas suposiciones ni exajeraciones de nuestro zelo por la Religión i por las buenas costumbres. Dirijid una mirada sobre la sociedad humana, i quedaréis convencidos de que, bajo su aspecto moral, ha

sido por todas partes definitivamente lo que la Religión la ha hecho, i que si la fértilina no nos hubiera alumbrado con sus divinas luces, viviríamos hoy abismados en las ignominiosas rejiones del paganismo o del mahometismo; estaríamos al nivel de la India, de la China, o de los habitantes de la Oceania, comarcas desoladas en donde comienza apenas a brillar el Sol de justicia sobre el horizonte oscurecido de las inteligencias.

—Conyengamos de buena fé i sin rodeos, que es muy extraña pretension querer aprender de sí mismo el secreto importantísimo, el mas elevado, el mas difícil, el de bien vivir, mientras que no se puede aprender de sí mismo el secreto de las artes mas comunes i sencillas. Para todo necesitamos un maestro que nos enseñe los elementos, dirija nuestros estudios, corrija nuestros ensayos, i que con gran número de lecciones nos haga suficientemente hábiles para poder hacer sin auxilio ajeno, lo que nos ha enseñado.

—Oh hombre débil i presuntuoso! ¡Cómo puede suceder que no pudiendo adquirir por sí mismo la ciencia material e industrial, pretende adquirir la ciencia moral! ¡Cómo, pues! ¡No será Dios un guía mas seguro que todos los hombres juntos! I cuando Dios se digna hablar al mundo para instruirlo, ¿no deberá callar el mundo en su presencia, i escuchar con respeto los oráculos de su eterna sabiduría!

—Sin duda que debe ser así, dicen los sectarios de la moral humana, o filosófica; es necesario que se haga oír la voz de Dios, i que los hombres sean instruidos por él; pero esta voz resuena en lo íntimo de sus corazones, i su intérprete es nuestro corazon; para saber lo que es justo i virtuoso, basta seguir las inspiraciones de la conciencia.

—Tal es el lazo que tienden los enemigos de la fé a las almas sencillas; i con hermosas palabras disfrazan un pensamiento perverso. La conciencia efectivamente es un don precioso de la Divinidad, que no podremos estimar como se debe; pero esta conciencia tiene necesidad de ser formada en nosotros por medio de una enseñanza exterior, sin lo cual no sería mas que una fuerza ciega, capaz de conducirnos a innumerables excesos, i de hacernos cometer todos los crímenes. Deberá el hombre entregado a sí mismo, calificar como inspiraciones divinas todos los pensamientos de su espíritu i todos los movimientos de su corazon! En ese caso quedaria autorizado para violar las mas santas leyes de la naturaleza, desde el punto en que pudiese hacerlo sin repugnancia i sin remordimiento: podrá creer que Dios le permite destruir su hijo, como lo hacian los paganos, i como lo practican todavía los pueblos de la Indo-China; que le es permitido saciar una pasión sensual, embellecida con los encantos de una literatura romanesca; lavar sus manos en la sangre de su enemigo; robar, proscribir i degollar a sus conciudadanos. ¡Quien sabe! ¡Los Nerones mismos, los Caligulas i tantos otros cuyos nombres apenas nos atrevemos a pronunciar, habrian sido hombres inocentes i virtuosos segun ese principio! ¿Qué sería del mundo si llegasen a prevalecer semejantes doctrinas, i si para enseñar a los hombres a ser justos, se les remitiese a las exclusivas inspiraciones de su corazon! Interrogad a la historia i ella os hará conocer lo que debéis pensar de ese instinto moral que se nos dá por única regla del bien i del mal; interroguos a vosotros mismos i decidnos lo que pasa allá en el fondo de vuestros corazones, en una infinidad de circunstancias en que las pasiones luchan contra el deber: decidnos qué habria sido de vuestra razon i de vuestra conciencia, en esa tumultuosa agitacion, si no hubieseis sido guiados i sostenidos por las sagradas enseñanzas de la Religión que os decía, como en otro tiempo el Santo Precursor a un escandaloso rei: no os es permitido: *non licet!* ¿Isi habeis tenido la desgracia de aliaros con el mal i de adormecer vuestra conciencia en lo profundo de un abismo, ¿no es aquella voz lo que la despierta clamándole como a David: Nathan profeta: tú eres ese hombre; *tu es ille vir?*

—Por lo demas, los fabricantes de moral sin religión han tomado empeño de contradecir ellos mismos ese llamamiento a la conciencia, con los multiplicados esfuerzos que han hecho para instruir, i, como dicen, para moralizar a los pueblos. Nadie en efecto, ignora cuan grande ha sido su fecundidad en este jénero de empresa, cuántos romances, tratados, dramas, historias i folletines ha producido esta escuela para ilustrar i reformar el espíritu público, para rejenerar el mundo i restablecer entre nosotros el siglo de oro. Toca a vosotros apreciar en su justo valor los resultados de ese empeño, i decidir si los hombres se

han hecho mas virtuosos desde que dejaron la enseñanza de la Iglesia; para seguir la enseñanza de esos pontífices de la razon i del progreso moral. Pero queda bien demostrado que al desplegar semejante lujo de palabras i de escritos, han querido ilustrar, reformar i moralizar la jeneracion nueva, lo que da un *mentis* a su sistema sobre la inspiracion divina de la conciencia; porque si hubieran tomado seriamente este sistema, habrian abandonado a cada uno a si mismo, i se habrian guardado de sustituir sus lecciones a las de los Pastores de la Iglesia.

«Ha sido pues, i será siempre necesario que la conciencia tenga medios exteriores de ilustrarse o de reformarse, medios seguros, universales i sencillos: estos medios no son la razon de cada hombre en particular, ni la enseñanza de los sabios del mundo: la Religión es la única que proclama por todo el universo la regla de fé i la regla de las costumbres, i que es en la tierra el eco permanente de los Cielos. El Padre Celestial ha dicho: «Este es mi Hijo mui amado; escuchadle.» El Hijo ha dicho oportunamente a sus Apóstoles: «Enseñad a los hombres todo lo que yo os he enseñado a vosotros. El que os escuchare me escucha a mí, i el que os desprecie, a mí me desprecia. Si alguno no oye a la Iglesia tenedle como gentil i publicano.» Finalmente, los Apóstoles han dicho: «Aun cuando un Anjel del Cielo os anunciase otro Evangelio que el que os anunciamos nosotros, que sea anatema.» Ved aquí el origen de esta mision celestial que llenan sobre la tierra los Pastores de las almas, para enseñar toda verdad en nombre del que dijo: «Yo perderé la sabiduría de los sabios i la prudencia de los prudentes.» I en otra parte: «En dónde está el sabio, en dónde el escritor, en dónde el prudente escudriñador de este siglo? ¿No ha cambiado Dios en locura la sabiduría de este mundo?» Estas palabras se han cumplido, seguramente, en todo tiempo; porque Dios siempre «ha oprimido con el brillo de su gloria a todo el que ha querido escudriñar su majestad i combatir contra la ciencia infinita;» pero acaso nunca se ha visto, como en nuestros dias, la sabiduría humana devorada, «i como hundida en su triunfo.» Empeñados ardentemente nuestros doctores en destruir el edificio secular de la fé, habrian sido aplastados bajo sus ruinas, si Dios no hubiese interpuesto su mano, salvándoles así de sus propios excesos. ¿En dónde estarian ellos ahora, en dónde estaria el mundo con ellos si el mundo hubiera seguido sus lecciones? Ah! El mundo hubiera vuelto a las tinieblas de la barbarie. PERO FELIZMENTE LA IGLESIA ESTÁ DE PIE, I LA CÁTEDRA DE LA VERDAD REPITE A LOS HOMBRES LOS PRECEPTOS DEL ANTIGUO DECÁLOGO A QUE DIERON COMPLEMENTO LAS SUBLIMES ENSEÑANZAS DEL SALVADOR QUE NACIÓ EN UN PESERRE I MURIÓ SOBRE UNA CRUZ.»

«Los astutos enemigos de la enseñanza cristiana continúan diciendo: «nosotros no somos ya adversarios del Evangelio: al contrario, admiramos la fuerza i sublimidad de sus doctrinas: mas, reconocemos que es necesario a una infinidad de almas sencillas i vulgares que arriban a la moral i a la virtud por el camino de la fé, entre tanto que nosotros llegamos al mismo término por la fuerza de nuestra inteligencia. ¿No serán igualmente saludables estas dos vías, conduciendo ambas al mismo punto?»

«Este raciocinio haria honor a los literatos que lo han inventado, si bajo formas especiosas no ocultase un vano sofisma. ¿Con qué derecho dividen de esa manera el mundo en dos categorías, la de las almas ignorantes i débiles que tienen necesidad de la fé, i la de los espíritus superiores que no la necesitan? ¿Jesucristo ha clasificado así el género humano cuando dijo: «El que creyere, será salvo, i el que no creyere se condenará? ¿Ha querido decir: «Los ignorantes creerán en mí, pero serán dispensados de esta creencia los hombres de espíritu? ¿No nos asegura el Apóstol San Pablo que Jesucristo quiere cultivar todas las inteligencias? Si la fé no es mas que una ilusion, ¿cómo podéis creer que el comun de los hombres se entrega a ella, al mismo tiempo que está viendo que vosotros, hombres de inteligencia i de progreso, tomáis diferente ruta? Si está fundada en la palabra del mismo Dios, si es verdadera, ¿cómo podéis imaginar que no os obliga, del mismo modo que al infimo de vuestros hermanos? No: esto no puede ser así. La Religión es buena para todo el mundo, o no lo es para nadie: es verdadera i obligatoria para todos, o para ninguno. ¿Adoradores de vuestros pensamientos, os sienta bien reivindicar para vosotros exclusivamente, no sabemos qué aristocracia de inteligencia, al tiempo mismo que juráis sin descanso en un círculo de errores i de

contradicciones! Escuchad a uno de vuestros patriarcas, el filósofo de Jinebra: «Por mucho tiempo he creído que se podía ser hombre de bien sin religión; pero ya estoy desencañado.» Escuchad a otro, mucho mas antiguo, el ilustre Plutarco: «Primero se podía edificar una ciudad sin cimientos, que establecer una sociedad sin religión.» Empero, vosotros arruináis la Religión en el espíritu de los pueblos relegándola al vulgo, a la manera que su Divino fundador fue enviado de Pilato a Herodes. Ignorais, por otra parte, que «Dios ha dado a todos un espíritu capaz de conocer la verdad, i un corazón capaz de gustar de su virtud?» Ignorais, sea dicho en honra de la naturaleza humana, que se encuentran en las condiciones mas oscuras, sinceridad, probidad, jenerosidad, grandeza de alma, llevadas hasta el heroísmo? Consultad los anales de las recompensas humanas decretadas a la virtud: en ellos encontrareis los nombres de esos héroes i heroínas que, sin haber disertado jamás sobre moral, han edificado al mundo con sus grandes acciones. Por ignorantes, pobres i oscuros que hubieses sido, ¿no fueron almas elevadas, i lo que vosotros llamais hombres de bien?

«Mas, suponed que se divida así la sociedad en dos porciones; preciso será tirar la línea de demarcacion que deba separarlas. Aquí hallamos dificultades, o, mejor dicho, imposibilidades contra las cuales se aniquilan las pretensiones de esos hombres de la moda i del buen tono, que quieren, según la espresion de Bossuet, hacer los grandes por su impiedad i licencia; que se creen mas elevados que los demas, porque tienen mas orgullo, i mas perfectos, porque prestimen mas de sí mismos. No: ninguno querrá clasificarse i tomar lugar entre los desheredados de la inteligencia; i descendiendo el desprecio de la Religión grado por grado, hasta las últimas profundidades de la sociedad, quitará a los aflijidos sus consolaciones, a los justos sus esperanzas, a los malvados el freno saludable de su malicia. Entónces se oscurecerá el sentido moral, porque los hombres, emancipados así, rechazando la luz del Evangelio, serán mas rebeldes i ménos accesibles a los raciocinios de la sabiduría humana, i todos verán tenderse sobre el horizonte espesas nubes que ocultan en su seno rayos i tormentas. ¡Deplorable resultado de ese orgulloso menosprecio de la humanidad con que se relega al vulgo aquella fé divina que ha hecho la gloria i el aliento de los mas bellos jenios de los tiempos modernos i de los antiguos!»

«Bastante os hemos dicho para manifestaros cuán impotente es la razon humana, entregada a sus propias inspiraciones, desde el punto en que se trate de ilustrarnos suficientemente sobre lo que nos importa mas, es decir, sobre las verdades del órden moral, i cuán miserables son los subterfujos en que se atrinchera para escapar a las saludables exigencias de la fé....»

[Traducido de L'Univers n.º 48, de 13 de febrero de 1856].

#### Anecdota.

MONSALVATGE EN CARACAS.—Cuando en la capital de Venezuela se supo que habia llegado a la Nueva Granada Fray Simon de Olot, una persona fidedigna de Caracas escribió a otra de Bogotá, en noviembre de 1855, lo siguiente:

Este capuchino apóstata, llamado Monsalvatge, que ha aparecido por allí vendiendo libros protestantes, estuvo aquí. Encontró una vez al señor Jeneral José Félix Blanco que sabia ya cual era su impia mision, i no bien oyó que le ofrecia sus libros, cuando lleno de indignacion, le echó en cara su apostacía, el oprobio de que estaba cubierto, su crimen en venir a perturbar la fé del pueblo católico etc. El fraile protestante se sintió humillado i se marchó....

Si en Cartajena hubiese, pues, unos buenos bigotes que se presiviesen a imponer miedo a Fray Simon, sucederia otro tanto, porque es la fuerza de la opinion la que prevalece sobre la fuerza de la lei que tolera i patrocina la perturbacion de la creencia i de las costumbres religiosas de un pueblo que descansa tranquilo en la fé de sus padres.

El viernes 23 del corriente saldrá un n.º extraordinario de este periódico.